



Un Barco en Puerto Astillero

David Villegas F.



La novela *El Astillero* de Juan Carlos Onetti ha sido considerada como un punto culminante en su largo andar por ese polvoriento camino de escribir. Para Mario Benedetti, en este libro se vuelca lo más depurado del oficio de Onetti, los más insobornables de sus descreimientos y «lo más profundo de su corroída sapiencia, (...) se acerca a un equilibrio casi perfecto, a una economía artística que resulta algo milagroso si se tiene en cuenta la ingrata materia humana que maneja, el ejercicio del asco en que prefiere inscribir su asentada, luctuosa sabiduría». (1)

Escribir, narrar, relatar o contar, como quiera que eso se haga, implica siempre una inscripción (sugerencia, susurro) en una realidad más compleja que aquella que se escribe, se narra o se relata. A la vez esa sugerencia es una «invitación» a re-escribir, re-narrar, re-relatar.

Es sabido que en Onetti la realidad o lo que es lo mismo la verdad, sufre un desprestigio, una especie de corrosión que la reduce a nada porque, como dice Linacero en *El Pozo*: «de las varias maneras de mentir la más repugnante de todas es decir la verdad, toda la verdad (...)». (2)

Es sabido también que la literatura no es espejo, ni es «reflejo» de los hechos de la realidad social; si algo es, es también esa realidad.

Pero a pesar de todas las advertencias, leyendo *El Astillero* uno no puede resistirse a la tentación de hacer algunas comparaciones (¿homologías?) entre la realidad económica del Uruguay desde principios de siglo hasta los años 50 y esta novela. Hemos encontrado algunas «coincidencias» y algunos datos significativos entre la realidad y la novela, los cuales aportamos aquí a manera de simples curiosidades.

El modo de producción capitalista dependiente se asienta y se consolida en Uruguay bajo la hegemonía de una burguesía agraria ligada al mercado externo, hegemonía no sólo económica, sino también política que no comparte con las incipientes fracciones industrial y comercial cuyas actividades tenían que ver más con el mercado interno; hecho que les lleva al antagonismo. La fortaleza de este dominio de la burguesía agraria se revela en que, contrariamente a lo que sucedió en otras latitudes del continente, ésta no buscó la unificación del poder político en la alianza con otras fracciones de la burguesía, sino que constituyó su propia expresión política: el partido blanco, expresión de los intereses terratenientes y latifundistas.

Con el desarrollo de la industria frigorífica y la industria liviana, el sector industrial comienza a cobrar importancia. Ya para el año 29, ha consolidado su alianza con la pequeña burguesía y está en capacidad de neutralizar y debilitar el poder político del sector agroexportador. El aparato agropecuario se estanca en tanto que el eje dinámico de la economía se desplaza hacia la industria.

La crisis económica obliga a los centros metropolitanos a reducir sus exportaciones, lo que deja a los centros periféricos sin divisas para financiar sus recientes importaciones, lo cual les obliga a incentivar la producción interna. Por otro lado, el proceso se ve favorecido por la existencia de un mercado interno, aunque pequeño, con

un gran poder adquisitivo y excelentes condiciones de rentabilidad.

Esta coyuntura histórica consolida el reinado de la burguesía industrial en Uruguay y se inicia, así, un período de bonanza económica que durará hasta la segunda mitad de los años 50. Se pudo edificar un estado de bienestar a partir de la redistribución del excedente económico que se generaba sobre todo por una creciente demanda de productos uruguayos en el exterior y la cantidad de divisas que esto dejaba al país. También son nacionalizados los más importantes servicios públicos. Por esto la consolidación del papel hegemónico de la burguesía industrial se produce en alianza estrecha con la tecno-burocracia estatal y los asalariados de las grandes empresas industriales.

La industrialización sustitutiva de importaciones alcanza su nivel máximo; es la época del «boom» industrial. Se acentúa la democracia representativa y se produce el auge de los populismos en el sur del continente.

Concluido este período, la sustitución de importaciones no puede continuar su reproducción. Terminada la Guerra Mundial y la guerra de Corea, los centros capitalistas mundiales recuperan su poder decisorio, que en todo caso no es que lo hubiesen perdido sino que por la circunstancia de la guerra dejan algunas decisiones de producción en manos de países periféricos (cosa que tampoco es nueva si se piensa que eso se refiere preferentemente a productos agrícolas y algunas materias primas). Esta circunstancia determina el descenso de los precios de exportación y el aumento de los precios de importación, lo que genera el endeudamiento del país para poder financiar saldos comerciales desfavorables. Por otro lado, las reservas de oro acumuladas en épocas de bonanza bajan considerablemente. La dependencia económica se acentúa y alcanza dimensiones antes no vistas; la inflación se reproduce velozmente; el estancamiento productivo es ya general; la desocupación alcanza niveles críticos; la fuga de capitales es inevitable; las fuerzas productivas se paralizan y así, el proyecto económico fundado en un modelo de acumulación que se creía capaz

de lograr un largo ciclo acumulativo agota sus posibilidades de reproducción.

Todo el andamiaje levantado por el bloque en el poder apoyado en la estabilidad que brinda el consenso y la legitimación se viene abajo al tenor de las contradicciones de las fracciones interburguesas que ahora luchan y se disputan el control del escaso excedente económico. El reinado político de la burguesía industrial se tambalea; sus aliados de otras épocas ahora le acosan; las capas medias y grandes sectores obreros a quienes supo atraer con importantes concesiones populistas no están dispuestos a perder las conquistas económicas y sociales logradas en las épocas de bonanza. Las capas medias se radicalizan; se constituye la unidad obrero-estudiantil; los obreros inician la creación de la primera central unitaria sindical, la CNT.

El impulso a una reforma agraria era el paso que la crisis exigía y que permitiría revitalizar el agro, sacarlo de su estancamiento, así como la obtención de las divisas necesarias para importar materias primas, revitalizar el modelo de desarrollo industrial y golpear así a la gran burguesía agraria. Sin embargo, no se da; la burguesía industrial se muestra vacilante para hacerlo. Estas vacilaciones se unen a los otros factores que crean las condiciones para una crisis general de hegemonía y preparan el camino a la penetración del capital monopolista nacional y extranjero. La lucha por la hegemonía ya no será más entre la burguesía agraria y la burguesía industrial; aparece en escena la burguesía monopólica, conformada por sectores monopólicos del capital financiero y bancario —sector al que la crisis convirtió en rentable—, capital intermediario del comercio exterior, inversiones de origen industrial. Penetrando y homogeneizando todo este amplio espectro de capitales, aparece el capital monopólico internacional que imprime su sello mediante la inversión y mezcla de sus capitales en los sectores bancario, de comercio exterior, frigoríficos y textiles.

La vieja burguesía industrial de características nacionalistas y no monopólicas ha sido reducida a polvo llevándose con ella un bello sueño. Su acta de defunción

se firma en 1958 con la derrota electoral (la económica ya se había dado) de su líder político Luis Battle Berres.

Este nombre y todo lo que representa en las circunstancias históricas del Uruguay que hemos descrito, parece establecer un primer puente entre Juan Carlos Onetti y un análisis de su novela *El Astillero* a la luz de la realidad uruguaya. Emir Rodríguez Monegal en el prólogo a las obras completas de Onetti ha señalado a *El Astillero* como la obra cumbre de Onetti, donde se trabaja una dimensión que no es sólo la ficticia, sino que constituye una alegoría de la decadencia del Uruguay, decadencia que no es ficticia sino real.

Larsen y Petrus no son sólo personajes sino símbolos y el astillero que se trata de salvar de la ruina es algo más que eso: simbolizan una realidad que se suele pensar sólo en sus dimensiones políticas y económicas. El hecho de que la novela esté dedicada a Luis Battle, por lo demás amigo personal del autor, parece reforzar esa afirmación; igualmente si pensamos que la novela se redacta en 1957.

Onetti pertenece a un grupo de intelectuales conocidos como la generación del 40, quienes mantienen una crítica implacable contra el conformismo, el inmovilismo y el provincianismo que parece caracterizar a la sociedad uruguaya de la época, Onetti inicia en 1939 en el semanario *Marcha* una sección literaria llamada «La piedra en el charco», que como él dice es de «alacraneo literario, nacionalista y antimperialista, (...) empeñado en arrojar su piedra semanal en la desolación del charco vacío». (3)

Por su parte, Angel Rama ha dicho: «En la vasta alegoría *El Astillero*, muchos años después, (...) la historia le dio la razón, aunque previamente se la había otorgado el arte, que sólo alcanza su punto de incandescencia en el hallazgo del funcionamiento veraz de la realidad, más allá de las doctrinas ocasionales que creen interpretarla». (4)

América Latina, mar de por medio con Europa, realiza su comercio, transporta sus productos, por vía

marítima. Entonces el barco cobra importancia capital para la vida económica de los países de América como medio de transporte para la comercialización de los productos. De ahí también la importancia que adquieren a lo largo de la historia de América las ciudades-puerto (Montevideo, Buenos Aires, Cartagena) como el punto más próximo entre el país productor y el mercado exterior, llegando a convertirse en uno de los polos dinámicos de la economía de estos países. De esto se desprende también la importancia de los astilleros como actividad necesaria a la comercialización, ya fuera por la construcción o sólo por la simple reparación de barcos.

Un astillero es una actividad productiva que implica la realización de funciones diferentes para su puesta en marcha. Funciones de trabajo directo en la construcción y reparación de los barcos y funciones técnicas de dirección del proceso, lo mismo que funciones administrativas y de organización. En fin, se trata de una actividad industrial ligada al comercio y el transporte y que viene a llenar una necesidad de la producción.

La novela se va construyendo sobre una farsa y alrededor de un sueño: la restauración de un viejo astillero en ruinas que conoció mejores épocas, que otrora fuera próspera empresa, un mundo mezquinamente feliz. El dueño, Jeremías Petrus, el que fuera emprendedor hombre de empresa y un patrón paternalista, es ahora un viejo quimérico colgado a un sueño: sacar a flote el astillero. Odia las oficinas y el papeleo burocrático y por supuesto a los bancos, pero depende de ellos para realizar su sueño; vive soñando con el préstamo salvador que ponga de pie nuevamente el astillero.

Viene a ser significativa esta dependencia de la actividad industrial (el astillero) del capital bancario y del capital financiero, en el sentido en que corresponde a la situación apuntada respecto del hundimiento de la burguesía industrial uruguaya ligada al proyecto de sustitución de importaciones.

Por otro lado Larsen, una especie de paria intelec-

tual, que regresa a Santa María de donde fue expulsado hace cinco años, es un personaje que a lo largo de la obra de Onetti ha venido evolucionando hasta convertirse en el protagonista indiscutible; es un personaje que ha venido sufriendo una lenta agonía, una derrota suministrada a cuentagotas. Decide compartir la quimera de Petrus aceptando la gerencia del astillero, quizá en un intento por reconstruir su vida, o por una suerte de acomodamiento, por falta de algo mejor, o por una secreta esperanza de que aquello puede resultar. No lo hace de manera inconsciente o por falta de lucidez, ya que comprende que aquello es un sueño del viejo Petrus y nada más; sin embargo, sigue adelante; establece una alianza con el dueño del astillero, alianza que piensa sellar en un pretendido matrimonio con la hija semi-idiota de Petrus.

La actitud gerencial es una actividad tecno-burocrática necesaria a la reproducción del capital. De nuevo, recordamos aquí las alianzas de la burguesía industrial con la tecno-burocracia estatal y recordamos también el acomodamiento que caracteriza a las capas medias en su afán de ascenso social.

Gálvez y Kunz, dos antiguos empleados de Petrus, trabajadores del astillero, se suman a la quimera junto con Petrus y Larsen, aunque con un poco de ironía, no convencidos, casi como jugando o bromeando, quizá también con la secreta esperanza de que pueda resultar el sueño. Su manera de sumarse es como a la expectativa, indolentemente, quizá por haber estado y participado en otras épocas quizá mejores y haber visto hundirse sus sueños; tal vez por eso ahora los sueños no les seducen y aunque van, lo hacen de expectantes.

¿Tendrán que ver con esa clase obrera que participó de ese período de bonanza y de «vacas gordas» y luego vieron derrumbarse como castillo de naipes?

No hemos querido decir, esto ya lo apuntamos, ni por un momento, que *El Astillero* sea una especie de espejo de la realidad uruguaya, donde todas las situaciones de la novela tienen su correlato en la realidad, o que exista

un signo de igualdad entre la ficción y la realidad. Sabemos que no, que de por medio está el hombre creador, transformador de los materiales de la vida, creando nuevas realidades que ponen en acción otras fuerzas, que generan otras significaciones.

Hemos querido, sí, destacar ciertas situaciones que mueven a la reflexión y resulta tentador hacerlo cuando la realidad y la ficción entrecruzan sus caminos y más aún si en América Latina la realidad muchas veces supera la ficción.



NOTAS

1. Mario Benedetti. *El ejercicio del criterio*, Méjico: Editorial Nueva Imagen, 1981, p. 151.
2. Juan Carlos Onetti. *El Pozo*, Montevideo: Arca Editorial, 1969, p. 31.
3. Juan Carlos Onetti. *Réquiem por Faulkner y otros artículos*, Montevideo: Arca Editorial, 1975, p. 15.
4. Eduardo Galeano. *Bagamundo*.

BIBLIOGRAFIA

- Benedetti, Mario. *El ejercicio del criterio*. Méjico: Editorial Nueva Imagen, 1981.
- Onetti, Juan Carlos. *El Pozo*. Montevideo: Arca Editorial, 1969.
- . *Réquiem por Faulkner y otros artículos*. Montevideo: Arca Editorial, 1975.
- Galeano, Eduardo. *Bagamundo*. Fotocopias.